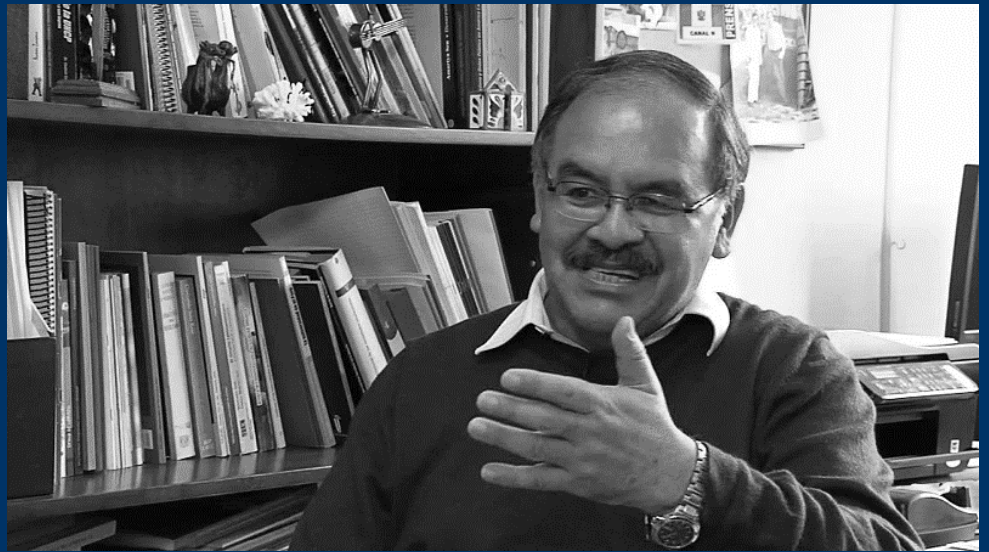
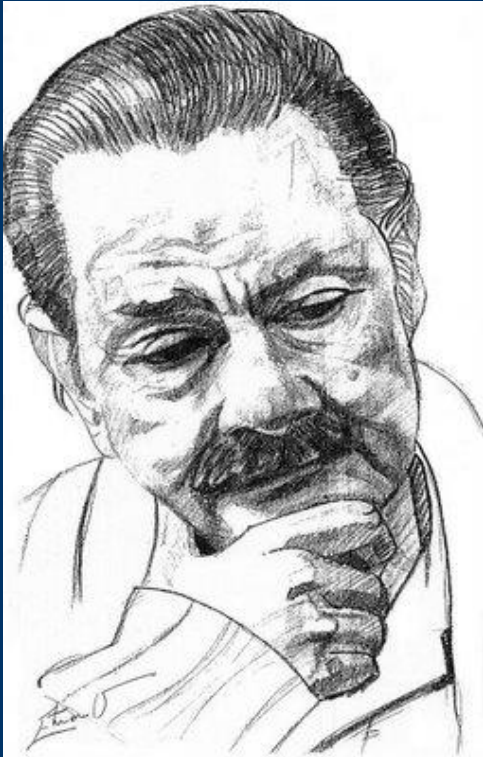


Cultura



LA DIMENSIÓN HUMANA DE GUSTAVO VALCÁRCEL



POR: JUAN CRISTÓBAL (*)



https://mundo.pe/m
edia/diarios/3a310a
cd-5c5b-4388-9c9f-
5942ae370f88.png

La concepción que involucra el significado de la palabra artista, escritor o poeta, tiene una arriesgada visión unilateral, una concepción-isla, si se entiende al escritor al margen del ciudadano que es, dentro de una específica y determinada realidad. Concepción que permite muchas veces trampas y mentiras tanto al escritor como al ciudadano, cuando ambos son, muchas veces y de manera contradictoria, caras de una misma moneda.

Es desde esta posición que afirmamos: dicha polaridad, escritor-ciudadano, permite aceptar y admitir, por ejemplo, que Borges es un gran escritor, aunque su relación con Pinochet o entrevistarse con Videla, como ciudadano, haya admitido que estaba bien matar a los opositores porque eran "comunistas". O en el plano nacional, venerar literariamente a Vargas Llosa,

olvidando que encubrió el crimen de los ocho periodistas y su guía en las alturas andinas de Uchuraccay. Sin olvidar que en esa Comisión participaron personajes como Mario Castro Arenas, en ese momento presidente del Colegio de Periodistas del Perú, el antropólogo Luis Millones y el psicoanalista Max Hernández, entre otros.

Entendiendo que el ser humano como ciudadano engloba al escritor, es que trataré de rescatar, en estos breves minutos, la dimensión humana, de Gustavo Valcárcel, para quien la vida no fue un canto de sirenas, sino al decir de sus palabras, "un poema sin fin".

GUSTAVO VALCARCEL EN EL MUNDO

La integridad humana y nuestro propio destino, como seres humanos y colectividad, están en juego, tanto por lo que hemos visto y padecido durante el gobierno corrupto y criminal de la década pasada, donde tantos intelectuales y políticos, especialmente los que venían de las canteras del socialismo, se alinearon sin ningún pudor con el gobierno fujimontesinista, cuanto por lo que significa la presencia de los talibanes de la globalización, en países como los nuestros, especialmente en el área cultural, dejada inmisericordemente en el olvido (y no sólo por ellos), ya

que conspiran abiertamente en la realidad para destruir las manifestaciones de ese territorio único y sagrado del hombre llamado sensibilidad.

Es en estas circunstancias, al pie de un siglo que comienza, y que muchos consideran agonizante, incluso el actual humanismo tiene su mirada fija en el museo del olvido, que no puedo dejar de traer a la memoria, a Gustavo Valcárcel, que nos dio ejemplo permanente de vida y militancia, de escritura y sacrificio, de optimismo y valentía.

Hombre dedicado con pasión y disciplina al camino árido y poco comprendido de las letras (no sólo fue poeta, incursionó además en la novela, en el ensayo, en la historia, en el periodismo, en el teatro), fue también, cómo no recordarlo, un permanente defensor de los derechos del hombre sobre la tierra, un luchador indolegable por el socialismo, en momentos en que dicha defensa tenía que hacerse, y aun tiene que hacerse, desde la

(*) JUAN CRISTOBAL. Premio Nacional de Poesía, 1971. Juegos Florales de San Marcos, 1973. Mención Casa de las Américas, 1973. Premio Copé, 1998. Premio en El Salvador, auspiciado por el Frente Farabundo Martí, 1982. Autor de una veintena de libros de Poesía, Poesía para jóvenes, Cuentos, Memorias. En OBRA POLITICA: Crítica marxista al Apra. ¡Disciplina, compañeros! Máximo Velando. La memoria es un arma. ¿Todos murieron? Uchuraccay: el rostro de la barbarie. RECOPIACION: Good bye, Mr. Haya. Fútbol y Política. Trabajó como periodista en varios diarios de la capital. Ha sido traducido al inglés, griego, italiano.

frustración, la exasperación y la desesperanza, es decir, desde la encrucijada peligrosa de la utopía. Este luchador, este poeta, fu para mí un paradigma de honestidad, un ejemplo de transparencia y entrega cotidiana para los demás, casi siempre a costa de lo propio. Por ello, a veces, ingenuamente me preguntaba, de dónde tanta fuerza, tanta generosidad para la comprensión del ser humano, para recorrer y apostar, tercamente, una y otra vez, por la solución de su futuro. La respuesta me la dio el propio Gustavo, una noche en que se desatábamos mensajes a la luna: "No olvides, fui amigo de Pablo Neruda y del comandante Ernesto Che Guevara ". Símbolos vivientes, como él, como Juan Pablo Chang, como Luis de la Puente Uceda, del mensaje matinal de nuestro destino.

GUSTAVO VALCARCEL EN SUS ESTANCIAS

Quisiera destacar a Gustavo en tres instancias, estelares para mí, de su existencia. En su militancia con el Apra. En su militancia en el PCP. Y en su amor por Violeta, el amor imperecedero de su vida, su río inacabable, como lo dijera en ese inolvidable poema "Carta a Violeta ", cuando se le despeñaba la sangre en el exilio mexicano.

Gustavo ingresó al Apra en 1938 ganado por la práctica antidictatorial y su prédica antimperialista. Llegó a ser secretario privado de Haya de la Torre, (incluso en algunas conspiraciones) durante tres años, de 1945 a 1948. Y llegó a trabajar hasta después del fracasado golpe de Ancón,



insurrección que no llegó a realizarse. Producto de esa militancia, no sólo padeció varias carcereras (la primera en 1940, a los 18 años), sino fue acusado, en 1950, de querer quemar el Jurado Nacional de Elecciones, por lo que tuvo que irse del país, llamado, como dijo, "por la dignidad personal", ya que Esparza Zañartu, el Montesinos de entonces, amigo de su padre político, quería que no sólo delatara la actividad de su militancia, sino también renunciara públicamente al Partido. Entonces enrumbó, como decía Jorge Teillier, a propósito de su padre, igualmente comunista, "a comerse el pan amargo del exilio". En México, hacia 1954, conoce a Siqueiros y a Diego Rivera, los grandes muralistas. En 1953 renuncia al APRA, como parte de la desilusión de sus grandes esperanzas. Hay

que recordar que en 1947 había ganado el primer premio en los Juegos Florales de San Marcos con "Extensión y Deleite de Tortura", con el seudónimo significativo de Lucifer, con un conjunto de doce sonetos, de fina expresión y agradable musicalidad, como dijera el Acta del Jurado, entre los que se encontraban Manuel Beltroy, Augusto Tamayo Vargas, Estuardo Núñez, Rodolfo Ledgard y Alcides Spelucín, autor de un poemario lamentablemente olvidado, "El libro de la nave dorada". Y en 1948 editaba su primer libro "Confín del tiempo y de la rosa", con prólogo de otro poeta olvidado, Xavier Abril, del que Alberto Escobar escribiera, son los versos más fluidos de la literatura peruana. Ganaría en ese año el Premio Nacional de Poesía. Con la edición de este libro, Gustavo echa por tierra la creencia que

<https://lamula.pe/media/uploads/2023/05/06/445945b.jpg>

sólo se preocupaba por la poesía social, entendida como panfletaria, y no de los sentimientos profundos del hombre. En el partido de Haya forma, junto a Ricardo Tello, Guillermo Carnero Hocke, Luis Carnero Checa, Mario Florián, Eduardo Jibaja, Carlos Manrique y otros, el importante grupo literario “Los Poetas del Pueblo”, que representaban una de las vertientes en que se hallaba escindida la joven promoción de escritores de esos años.

Deslumbrado por las lecturas de Marx y Engels, por la

humildad de Jacobo Hurwitz, un comunista, a quien conoció en la cárcel, y que era, según Gustavo, “un hombre que vivía pensando permanentemente en el porvenir”, es que, años más tarde se adhiere al PCP, al que le entregaría toda su vida. Fue director del semanario Frente, que pertenecía al Frente de Liberación Nacional, que luchaba, entre otras cosas, por el petróleo y demás riquezas naturales. Director del periódico de la agencia soviética Novosti y del semanario Unidad, que sí pertenecía al partido, del cual Gustavo orgullosamente diría:

“Mi esposa y mis hijos le debemos los mejores momentos de la vida. Lamentablemente no tengo diez vidas para darle, sólo una”. Desde esa trinchera, junto con Violeta, se enfrentaron a la policía, pidieron tierra para los campesinos, libros para los estudiantes, trabajo para los obreros, derechos humanos para la gente humilde y menesterosa y para los presos políticos de la época. Cuando falleció Gustavo, un 3 de mayo de 1992, abrumado como Pablo Neruda y antes como Vallejo por el dolor del mundo, estaba en pleno proceso el derrumbe del campo socialista, el cual aceleraría el final del poeta, a pesar de lo cual, y con la valentía de siempre moriría con su corazón poblado de flores y comunismo, como escribiera en su testamento el 29 de marzo de 1989. Y días antes, cuando un periodista le preguntara si tenía temor a la muerte, con ese humor tan arequipeño que manejaba contestó: “No me preocupa ni un minuto la muerte, porque soy ateo, lo que me preocupa es el insomnio, ese sí me atormenta”.

En cuanto a Violeta. Fue la “geografía amorosa” del escritor, la mujer militante que siempre estuvo a su lado, en la poesía y en el sacrificio cotidiano. Cómo no recordar esos memorables versos tan tiernos como valientes: “Sobre la almohada, a mi lado / tibio yace tu último sueño/ahora en cambio la ciudad acoge / tu vehemencia de ola, tu vigilia de amor / recorriendo el pan nuestro / que hoy te lo debemos todos”. De perfil bajo, Violeta jamás quiso asomarse a los balcones públicos del día, aunque bien



<https://libros-san-francisco.blogspot.com/2013/05/poeta-187-gustavo-valcarcel.html>

se lo merecía por todas las hogueras y ternuras que desató. Para conocer a esta mujer de temple indoblegable nos remitimos a lo que cierta vez nos dijo, estando un tanto delicada, con esa voz que nos llegó desde los más profundos y tercos manantiales de su espíritu: “A las enfermedades no hay que darles tregua, hay que enfrentarlas como a los tiranos, de frente”. Y eso fue lo que hicieron, con Gustavo, toda su vida: enfrentar a la vida de frente. Por ello, siempre la estaremos mirando y recordando con una flor en la mano, para que su voz y mirada sigan floreciendo en todos los relojes del alba.

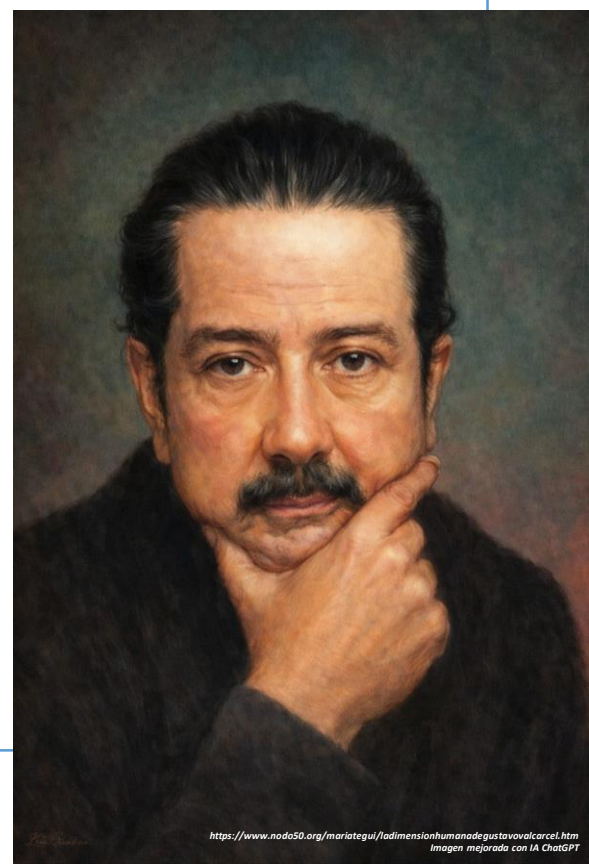
GUSTAVO EN EL COMBATE LITERARIO

Qué no debería decir de la obra poética de Gustavo. Muchos lo han expresado con mejores palabras que aquí puedo articular. Sin embargo, desearía rescatar, en el marco de su titánica labor literaria, del asombro de su vida que daba vida para vivir, el calor de su hogar tanto en Los Tacones, en Lince, como en la Urbanización Pando, lugares maravillosos de encuentros poéticos, de cálidos aprendizajes, de brindis gloriosos. Casas cargadas de recuerdos solidarios donde, lamentablemente, por esos azares incomprensibles, siempre estaba allí, agazapada, la zarpa del desalojo. Y no sólo ella, también, en 1982, la burla por parte del INC, cuando era director Abril de Vivero, (el mismo que despojara de su puesto a Juan Gonzalo Rose), a propósito de la edición de un libro que jamás llegó a publicarse, y que llevara a Gustavo decir, cuando la Corte Suprema sentenciara como

indemnización menos de cien dólares, en carta dirigida a los compañeros del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, cuando los donó para tan digna causa latinoamericana: “Yo les rogaría, compañeros, romper el silencio de no querer editar mi poesía revolucionaria en el Perú, de tal suerte ojalá les sea posible adquirir con tan poco dinero una enorme granada que ilumine vuestro cielo salvador, salvador nuestro, de igual modo”. Y cómo olvidar el vandalismo de la censura, cuando le quisieron incinerar, por orden del ministro de Gobierno de entonces, en 1964, los tres mil ejemplares de la “Historia de la URSS” que le enviara un amigo republicano español. A pesar de estas infamias y otras estatales, el corazón del poeta vibraba con estudiantes y obreros, con intelectuales y campesinos, con diversos artistas y hombres simples de la calle. Por eso, con la mayor de las autoridades pudo exclamar, adarga en ristre: “Yo no creo en el arte por el arte, en el arte fuera de la realidad. Yo me afirmo en el socialismo. Creo en los poetas y artistas que luchan y escriben con la esperanza y la felicidad entre los labios. Es que a un hombre comunista el capitalismo no le va a abrir las puertas para que diga lo que piensa, al contrario, tiene que olvidarlo”. A pesar de estas palabras, Gustavo nunca fue sectario en el arte, reconocía otras vertientes existenciales. Y eso fue lo que me dijo en una entrevista, cuando en 1980, a propósito de la publicación, en la revista Harawi, del generoso Paco Carrillo, de su poemario “Reflejos bajo el agua del sol pálido que alumbrá”, versos

diferentes en la temática de Gustavo, de un profundo y patético desgarramiento, ya que es un canto a la muerte, se reafirmaba exclamando: “En la vida de un hombre se conjugan muchos otros factores que no necesariamente tienen que ser ideológicos, y a pesar que uno puede cantar a la angustia, a la frustración, a la destrucción personal, yo me reafirmo en el socialismo y no en el suicidio, que es la derrota por anticipado”.

Vemos, así como, también en la poesía, con toda la ética colgando de su frente y viviendo cada segundo su vida responsable de poeta, porque al final de cuentas esto es lo esencial y no tanto escribir libros de poesía, nos deja una herencia imborrable: la de la honestidad y la consecuencia a prueba de balas. Y lo sentimos y oímos, hoy más que nunca, desde la infinitud de las estrellas, de esas raíces milenarias de la tierra que él abrió en silencio, mirando, con ojos de ver, los mensajes eternos del mañana.

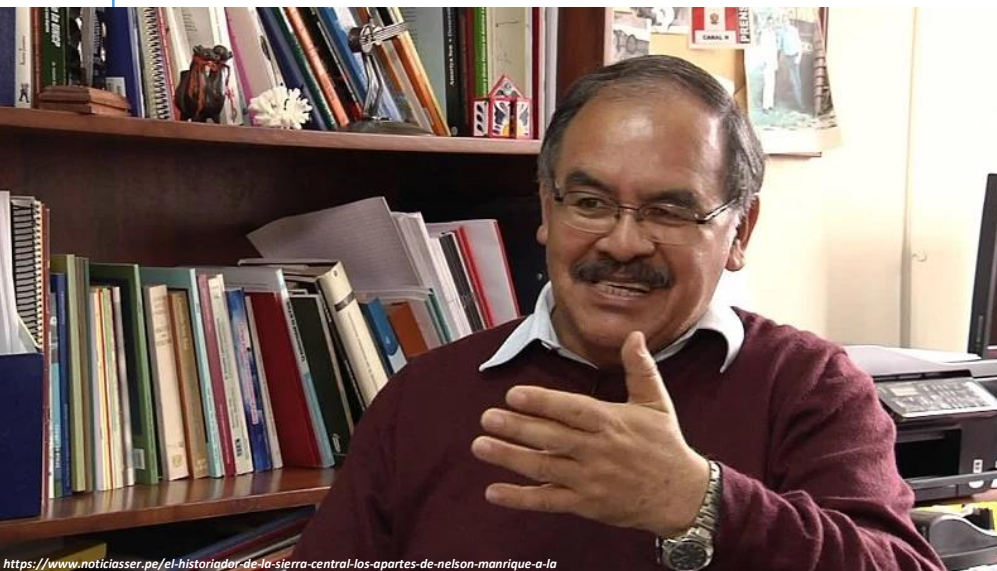


NELSON MANRIQUE:

EL HISTORIADOR DE LOS VENCIDOS QUE UNIÓ EL RIGOR CON LA TERNURA Y LA CRÍTICA CON EL COMPROMISO



GUSTAVO BENITES JARA (*)



<https://www.noticiassur.pe/el-historiador-de-la-sierra-central-los-aportes-de-nelson-manrique-a-la>

Aún con la profunda consternación por la partida de Nelson Manrique Gálvez, brillante historiador, excepcional persona y ejemplar ciudadano, expresaré algunas palabras en homenaje a su memoria.

Conocí a Nelson en los años 70, y lo frecuenté personalmente muchas veces. Su imagen y su desempeño como intelectual, docente y formador político crearon una presencia inmarcesible en nuestra memoria personal, política e histórica. Era amable, comprensivo, cariñoso siempre. Nos trataba con diminutivos, lo cual revelaba una sencillez carismática que a todos nos generaba una entrañable adhesión.

Eran los tiempos de la reconstrucción del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), luego de la

derrota de la histórica guerrilla, Se trataba de ir forjando una alternativa política, económica y social para el país. En numerosas reuniones, convenciones y visitas a las bases estaba presente Nelson. Y allí brillaba en sus análisis: precisos, documentados, con inusual perspectiva histórica. Nos admiraba su temprana erudición y la combativa defensa de sus posiciones, siempre expresadas con delicadeza y respeto. Todos aprendíamos entonces, impresionados por esa sabiduría que más tarde se plasmaría en uno de los más completos intelectuales de nuestro país, junto a figuras como Alberto Flores Galindo o el teólogo Gustavo Gutiérrez.

La vida de Nelson Manrique fue una síntesis entre el rigor académico y la ternura. Su relación con los demás, siempre marcada por la cordialidad y la empatía, era en

sí misma un acto de pedagogía, uniendo su cálida humanidad con una solidez intelectual inquebrantable. El país tenía en él a un pensador vital y diremos, sin exageración, que fue un historiador de los vencidos y que dedicó su obra a dar voz a los sectores excluidos y a hurgar las raíces profundas de la violencia, el racismo y el poder en el Perú.

La crítica sin ambigüedades al proyecto neoliberal

Siempre fue un crítico implacable del capitalismo, y cuestionó, sin vacilaciones ni sutilezas, el neoliberalismo y su nefasto desarrollo en nuestro país. Consideraba que el neoliberalismo no era un modelo económico neutral, sino un proyecto político de restauración del poder de las élites, que buscaba eliminar derechos sociales y debilitar al Estado en su capacidad de regulación y protección.

Dijo: "El neoliberalismo es, en esencia, un proyecto de

(*) *Profesor de Filosofía, Psicología y Ciencias Sociales (Universidad Nacional de Trujillo-Perú). Maestrías en Relaciones Económicas Internacionales y en Filosofía y Ciencia Política en la Universidad Mayor de San Andrés (La Paz - Bolivia). Estudios de Doctorado en Educación en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega de Lima. Periodista. Profesor de Filosofía, Economía e Investigación Científica en la Universidad Nacional de Trujillo (Perú). Ex docente de Filosofía e Investigación Científica en la Universidad Católica de Trujillo. Fundador y primer Presidente del Frente Departamental de Escritores de La Libertad. Autor de dos libros: Tránsito (1998), poesía, y El antihumanismo neoliberal. El individuo como totalidad (2000), ensayo político-económico-filosófico sobre el neoliberalismo. Ex columnista del diario "Correo" de Trujillo y de "La Tribuna" de Honduras.*

restauración del poder de clase de los sectores dominantes, que se sintieron amenazados por los avances de los sectores populares durante el periodo de la posguerra. Su implementación ha significado un formidable retroceso en la conquista de derechos sociales y un incremento brutal de la desigualdad."

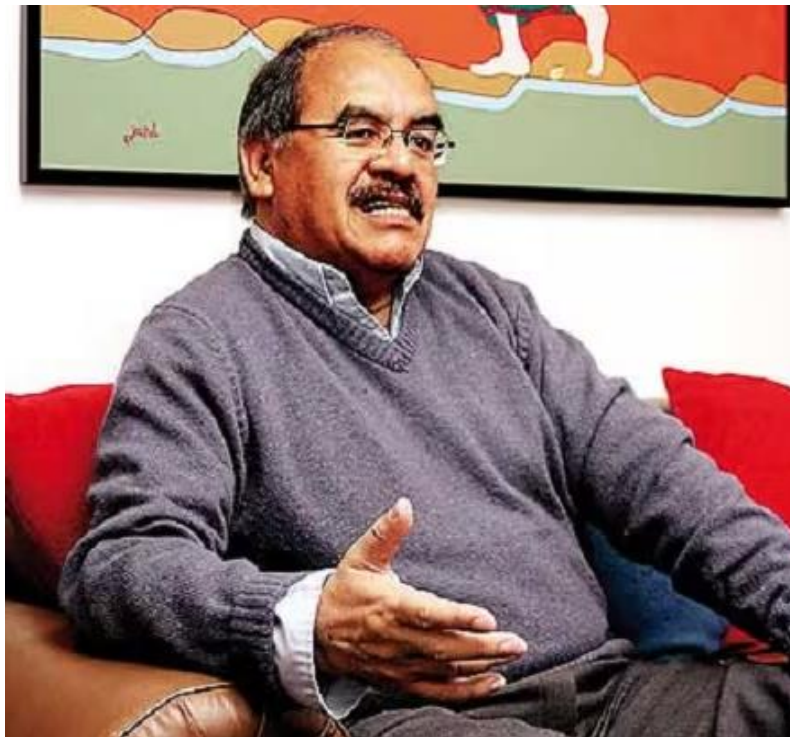
Sobre el fujimorismo se manifestó muy claramente:

"El fujimorismo fue la forma que adoptó en el Perú la revolución neoliberal. Su objetivo central fue desmontar cualquier vestigio de un Estado con capacidad de regulación social y de protección de los débiles, transfiriendo esa capacidad a los grandes capitales nacionales y transnacionales. La corrupción generalizada no fue un accidente, sino la forma normal de funcionamiento de este modelo."

Asimismo, expresó de manera inequívoca:

"El individualismo posesivo promovido por el neoliberalismo ataca los fundamentos de la solidaridad social. Al promover la idea de que cada uno es responsable exclusivo de su éxito o fracaso, y que el Estado no debe 'interferir', se legitima la desprotección y se debilitan los lazos comunitarios que históricamente han permitido la supervivencia de los más pobres."

En su libro ¡Usted fue aprista! (2009), analizó con lucidez y con rigurosas bases documentales el viraje del aprismo hacia estas políticas, las neoliberales, durante el



segundo gobierno de Alan García, señalando que estas medidas, "diametralmente opuestas" a las de su primer gobierno, prepararon el camino para nuevas formas de autoritarismo. Su crítica nunca fue abstracta: denunció cómo la flexibilización laboral, la privatización y el extractivismo recaían con mayor crudeza sobre la población indígena y campesina, vista como "desechable" para los fines del capital, es decir, en su forma neoliberal, para quienes los pobres eran sacrificables, basados en una moral del cálculo de vidas.

El racismo como estructura de poder

Su rechazo sólido y fundamentado del racismo — desde la Colonia hasta la República, pasando por discursos como el de "ciudadanos de primera y segunda clase"— tenía una base antropológica y ética profunda. En *La piel y la pluma* (1995) escribió: "El racismo

exclusiones, pues 'naturaliza' las desigualdades sociales, consagrando un orden en el cual cada uno tiene un lugar inmutable". Con esta visión, refutaba de plano la antropología neoliberal que, como Milton Friedman, naturaliza y ontologiza la desigualdad, presentándola como un hecho inmutable, afirmando cínicamente que los seres humanos somos naturalmente desiguales. Posición que es una de las bases antropológicas cenitales del neoliberalismo: la natural desigualdad.

Para Manrique, no se podía construir una sociedad democrática genuina sin reconocer que todos los seres humanos somos esencialmente iguales en dignidad. Su lucha fue contra la institucionalización del racismo, un sistema de dominación que estructuraba la exclusión y hacía imposible una democracia real.

La coherencia ética y la lucidez temprana

Su integridad intelectual y moral fue ejemplar. En 2012, rechazó el doctorado honoris causa que le otorgó la Universidad César Vallejo, sustentando su decisión en la conducta académica de César Acuña respecto al plagio de su tesis. Un acto de coherencia que lo honra profundamente y que contrasta con el silencio de otros que aceptaron complacientes dicha distinción, como Vargas Llosa o Beatriz Merino.

Esa lucidez y profundidad fueron características suyas desde joven. A los 39 años, en su artículo "Historia y utopía en los Andes"* (publicado en *Márgenes*, 1991), realizó un análisis riguroso y brillante de las obras de Alberto Flores Galindo y Manuel Burga, reconociendo aportes valiosos del primero, pero señalando algunas de sus imprecisiones conceptuales y falta de contextualización. Esa aguda lucidez sociológica e histórica la mantuvo a lo largo de los años,

forjando otras obras capitales que redefinieron la comprensión de la violencia, la guerra interna y los conflictos sociales en el Perú.

Fue uno de los primeros en analizar sistemáticamente la violencia política en el Perú (desde la Guerra del Pacífico hasta el conflicto armado interno de los 80-90), no como hechos aislados, sino como expresiones de conflictos sociales, económicos y raciales profundos y estructurales, alejándose de las fáciles adjetivaciones o el desentendimiento del fenómeno. (Ver en la revista *Márgenes* -5-6, diciembre 1989 -, el artículo La década de la violencia, que suscitó una intensa polémica).

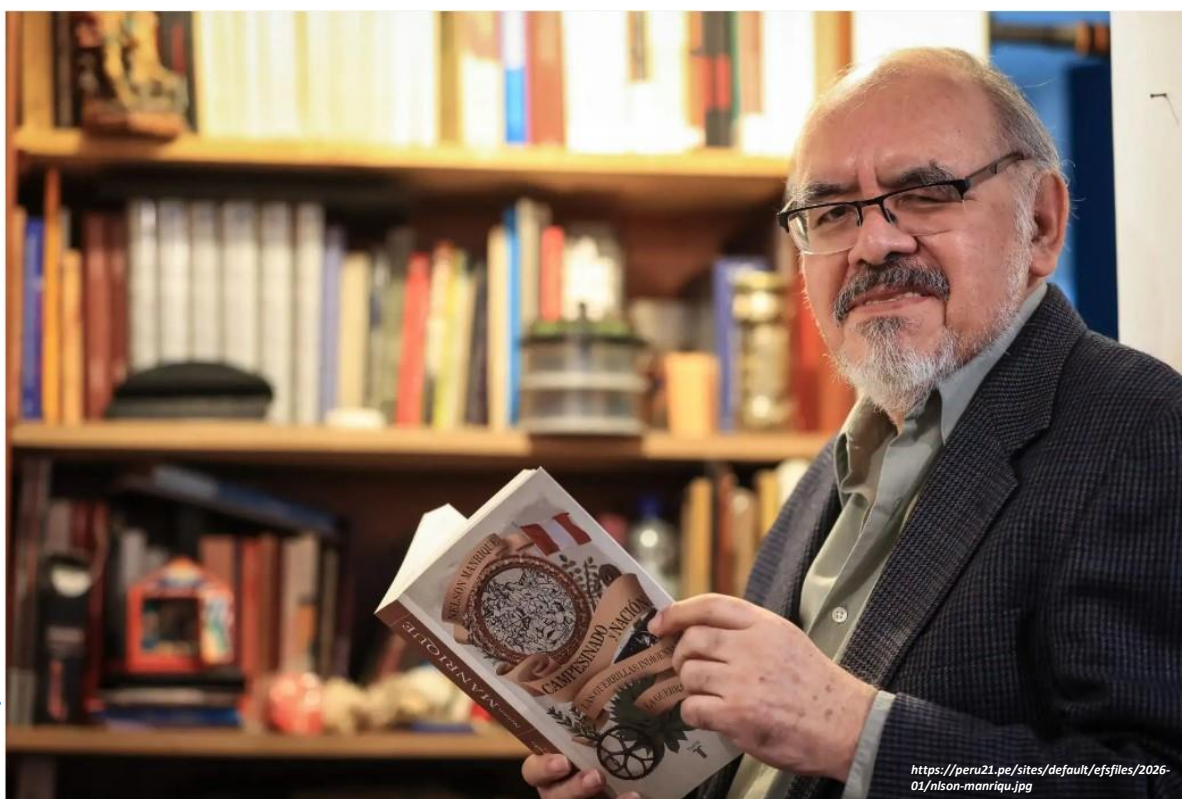
Su legado: El puente entre el afecto y la crítica radical

Hoy, en este homenaje, celebramos tanto al ser humano que nos trataba con ternura como al pensador que nos enseñó a mirar críticamente nuestro pasado y nuestro presente. Nelson

Manrique nos deja un doble legado: el del maestro que enseñaba con afecto y el del historiador que, con rigor implacable, denunció las injusticias del neoliberalismo, el racismo estructural y las falsedades de la historia oficial.

Como admiradores de su obra y de su actitud humana, tenemos la responsabilidad de continuar su camino: enseñar con ternura, investigar con rigor y mantener encendida la crítica frente a los modelos que profundizan la desigualdad y la injusticia. Con él aprendimos que la historia es, ante todo, memoria, diálogo y compromiso con la construcción de un nuevo país: libre, justo y solidario.

Que este homenaje confirme nuestra admiración y cariño al hombre que supo unir la calidez del trato personal con la firmeza de la crítica intelectual. Estamos convencidos que su voz, su ejemplo de coherencia y su profundo amor por el Perú seguirán alumbrando nuestras luchas y nuestras esperanzas.



ÓSCAR ALLAIN COTTERA (1922–2025): LOS COLORES CONTEMPORÁNEOS SE PINTAN DE NEGRO

YUYAY

Óscar Allain Cottera, nacido en Lima en 1922 y fallecido el 17 de diciembre de 2025 a los 103 años, fue uno de los más destacados pintores peruanistas de los siglos XX y XXI. Su obra retrató con sensibilidad la vida cotidiana del país —mercados, picanterías, pescadores, músicos, danzas tradicionales y obreros— capturando la esencia del Perú profundo. Vinculado al costumbrismo e influido por el indigenismo de José Sabogal, se mantuvo al margen de las corrientes abstractas para afirmar una pintura comprometida con la

identidad cultural.

Integró el grupo “Ocho Pintores”, junto a Ángel Chávez López, Aquiles Ralli, Enrique Galdós Rivas, Fernando Sovero, Gamaniel Palomino, Julio Camino Sánchez y Manuel Zapata Orihuela, colectivo que defendió la autenticidad cultural y las tradiciones peruanas frente a las tendencias internacionales.

Su vocación artística nació en la infancia, cuando modelaba muñecos de cera inspirado por su abuela. Pese al deseo de su padre de que siguiera la carrera militar, eligió formarse en la Escuela Nacional de Bellas

Artes del Perú, donde estudió con Alejandro Gonzales Trujillo y consolidó su técnica y sensibilidad.

A lo largo de su trayectoria fue docente en Iquitos y Huánuco y residió temporalmente en París, experiencias que ampliaron su mirada sin apartarlo de sus raíces. Cercano a la música criolla y a compositores como Abelardo Takahashi Núñez, convirtió su pintura en un valioso documento visual de la cultura peruana. Su legado artístico y pedagógico perdura como un aporte fundamental al arte y a la identidad del Perú.



limagris.com

PINTURAS DE ÓSCAR ALLAIN

YUYAY



Cuadro perteneciente a Juan Cristóbal



<https://limagris.com>



<https://poeticas.es>



<https://sociologos.com>

<https://fr.slideshare.net/sideshow/osca>



<https://limagris.com>

MAYNOR FREYRE BUSTAMANTE (1941–2026): EL PERIODISMO CRÍTICO LLORA A UNO DE LOS GRANDES

YUYAY

El 26 de diciembre 2026 nos dejó, a los 84 años, el destacado periodista y escritor peruano Maynor Freyre Bustamante, cuya vida y obra dejaron una huella imborrable en la cultura y la literatura del país. Nacido en Lima en 1941, Freyre Bustamante se formó en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica del Perú, de donde egresó en 1963, y completó su formación en el extranjero gracias a una beca del Instituto de Cultura Hispánica en España, seguida de una estancia en Alemania. Estas experiencias consolidaron su visión internacional y su mirada crítica sobre la sociedad.

Su trayectoria periodística comenzó en 1961 en la revista Horizontes Universitarios, y se extendió a medios tan relevantes como El Comercio Gráfico, Oiga, Caretas, Mundo, Así y Todas las Sangres, así como publicaciones nacionales como Correo, Última Hora y la revista cultural de El Peruano. Durante décadas, Freyre Bustamante combinó la rigurosidad periodística con la sensibilidad literaria, publicando más de quince libros de narrativa, poesía y crónicas, y participando en antologías nacionales e internacionales. Fue también jurado y prologuista de numerosos títulos, consolidando su influencia como referente cultural.

Su vínculo con Chimbote marcó un capítulo especial de su vida. Tras el terremoto de 1971, asumió el cargo de jefe de Comunicaciones en Sogesa y, motivado por un compromiso social profundo y la inspiración de José María Arguedas, se integró activamente en los movimientos culturales locales. Promovió recitales, lecturas, obras teatrales y proyecciones cinematográficas, y en 1973 publicó *El trino de Lulú*, su

primer libro impreso en sistema offset, que marcó el inicio de una trayectoria literaria comprometida y creativa.

El legado de Maynor Freyre Bustamante trasciende sus publicaciones. Su dedicación al periodismo crítico, a la promoción de la cultura y a la creación colectiva ha dejado una huella imborrable en el panorama literario peruano.

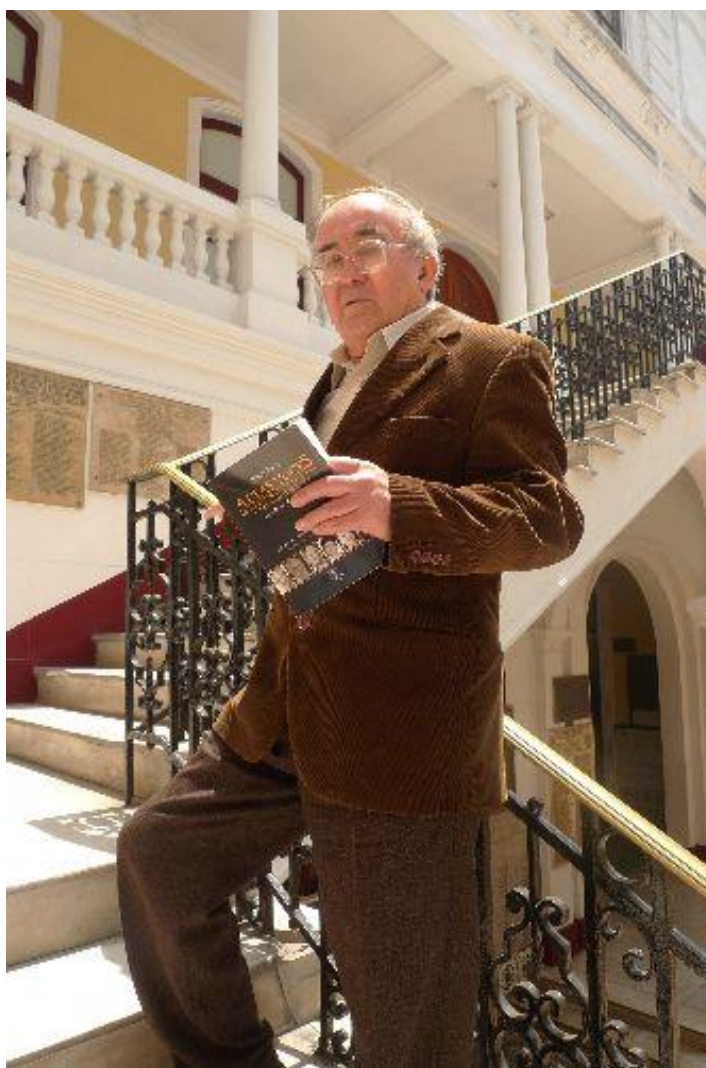


Foto: Ahora News

A FUEGO LENTO

**LA COMIDA DE CELENDÍN,
¡UN LOQUERÍO!**

POR: JUAN CRISTÓBAL (*)



Son una especie de grupo patriarcal, donde todo el mundo es familiar del otro, aunque son lejanos. Allí es cuando surgen esas reuniones impresionantes, casi masivas, donde las casas se llenan de gente. Primos, tíos, sobrinos, nietos, hijos y todo lo que uno es capaz de imaginarse, parentela de por medio. ¡Imagínense cuando llega la hora de comer! ¡Un loquerío! Platos por aquí, platos por allá. A servir, a recoger, a lavar, la segunda vuelta, la repetida. ¡Un loquerío! Mientras tanto, todos los aromas de las comidas inundan los rincones más increíbles de la casa.

Entre los celendinos se acostumbra a servir una variedad reducida de platos, los cuales, la mayoría, son también de uso del departamento de Cajamarca. Sin embargo, y como es lógico, pueden encontrarse variaciones de una

misma receta o arte culinario, resultado de lo cual hay una variedad de artes de un mismo plato, que algún tiempo atrás fue solo uno. Esto especialmente por el tiempo y las necesidades del mismo. Veamos algunos.

El verde de Paico



Esta es una sopa muy conocida, es más, un alimento muy arraigado entre las costumbres alimenticias del lugar y de alto contenido vitamínico, pues el paico, según los celendinos, tiene más vitaminas que ninguna otra planta o hierba. Esta sopa suele darse especialmente a los niños, para su desarrollo. Es muy común que se le tome en el desayuno,

antes del café con algunos panecillos sacados del horno, o también en los restaurantes, muy tempranito, cuando la gente va al trabajo personal o comunal. A estas horas se siente una voz común "denme un verde".

Para hacer esta sopa, primero hay que poner en una olla unas cuantas papas picadas, igual que cuando se prepara el chupe. Luego se cubre de agua totalmente y a continuación se pone a cocinar. Como de costumbre, se echa sal al gusto. Cuando la papa ya está cocida se rompe dos huevos batiéndolos hasta casi deshacerlos dentro de la sopa. Finalmente, se agrega un pequeño atado de paico molido con dos dientes de ajo y un cuarto de cuchara de aji-nomoto, esto por la "modernidad".

El paico es usado para calmar los cólicos y otros males digestivos. Pero esta sopa tiene un truco. El paico jamás hay que echarlo al principio, pues no se mezclará con la

(*) JUAN CRISTOBAL. Premio Nacional de Poesía, 1971. Juegos Florales de San Marcos, 1973. Mención Casa de las Américas, 1973. Premio Copé, 1998. Premio en El Salvador, auspiciado por el Frente Farabundo Martí, 1982. Autor de una veintena de libros de Poesía, Poesía para jóvenes, Cuentos, Memorias. En OBRA POLITICA: Crítica marxista al Apra. ¡Disciplina, compañeros! Máximo Velando. La memoria es un arma. ¿Todos murieron? Uchuraccay: el rostro de la barbarie. RECOPIACION: Good bye, Mr. Haya. Fútbol y Política. Trabajó como periodista en varios diarios de la capital. Ha sido traducido al inglés, griego, italiano.

sopa, sino al final, para que quede bien mezcladito, evitando que se corte.

El mote pusu



Entre los potajes de esa zona destaca esta comida o pusu mote (como otros la llaman). De sabor agradable, este caldo se sirve bien calentito y es infaltable en todas las reuniones familiares. Por ser más difícil de preparar que el anterior, no es un plato de todos los días. Acompañado invariablemente de su platito de ají y de cancha, el vapor de este caldo conquista los gustos más exigentes cuando es puesto a prueba.

Todo comienza en el mercado, regateando para conseguir el maíz y el frijol colorado, el maíz del pelado y seco, que otorga y beneficia el sabor de los que ya conocen la exquisitez de este plato. Pero el proceso se inicia en la noche previa. El maíz pelado debe ser remojado en agua abundante en un tazón, mientras que el frejol se deja remojado en recipiente aparte.

En la mañana se lava el maíz, quitándole las "naricitas". Se busca una olla grande y se pone a hervir en agua abundante, cambiándole sólo una vez el agua. Después se lo deja escurrir. Este hervido se efectúa para que suelte el olor a lejía de ceniza que se ha usado para pelar el maíz,

dejándole un sabor muy fuerte.

Luego el contenido se pone en una olla, cubriéndola con bastante agua con sal. Hecho esto, se lo deja cocinar por un buen rato hasta observar que comienza a partirse. A estas alturas se bota el agua y se cambia por una nueva, para hervirla de nuevo. Cuando ya está casi listo el mote se añade el frejol lavado. Y juntos son puestos nuevamente a cocinar, dando tiempo suficiente para que ambos lleguen a estar completamente suaves.

El sabor adicional se logra picando unas cuantas hojas de hierba buena y orégano, las cuales son puestas cuando el fuego ya ha sido apagado. Las cantidades de orégano y hierba buena deben ser iguales para evitar que alguna de las dos predomine excesivamente.

Entre los celendinos el mote pusu se sirve mezclado con una lata de atún. Esta se vacía en la olla ya a punto de servirse. Se pone el contenido completo intentando desmenuzar completamente el atún. Terminando esto se puede pasar a la mesa, donde nos esperará la cancha y su buen aguardiente o vasito de cerveza para "echar más leña al fuego" a la delicia de esta sopa.

Los "juanes"



Entre los elementos que permanecen todavía como evidentes en el paso del

tiempo es el "juane", alimento típico de la región selvática peruana. El paso de los chlicos por la selva es evidente por los apellidos que traen o llevan. Así los Pereira, los Tuesta, los Silva y el compuesto de ellos son de origen portugués y predominan en la zona. Los juanes fueron traídos por los celendinos de la selva, pero ya se han hecho algunas variaciones que distinguen al juane chilico del juane selvático, pero el sabor si es parecido.

El juane es parecido al tamal, sin embargo, al probarlo sentimos un sabor distinto. Como comida típica norteña, se degusta con su cuy al lado. Y esto ya es un festín. Poder encontrar el "verde" con el "mote pusu" y los "juanes" significa que toda la familia se ha reunido. Para evitar congestiones, la comida se va sirviendo de acuerdo las personas o familias van llegando. Las mesas, como ya hemos dicho, son un loquerío, pero el plato de fondo será siempre el juane.

Pero veamos cómo se prepara. En primer lugar, se pone a cocinar una gallina o un pollo hasta que se encuentre lo suficientemente suave como para poder desmenuzarlo. Después que ha hervido se retira la carne y el caldo donde se ha hervido el animal y se hace arroz graneado sazonado con ajos molidos y pimienta, pero en pequeñas cantidades.

La medida del arroz equivale a una taza por dos de caldo. Cuando se cocina el arroz hay que retirarlo del fuego. Se trae entonces un tazón grande y se vacía el arroz con él. Si es que se llegara a usar un kilo de arroz hay que echar seis

huevos y disminuir si se prepara menos arroz.

Paralelamente se prepara un aderezo con aceite, ajos, comino, pimentón molido y un poco de caldo de gallina, que son dos cucharadas de caldo con un puñado de maní molido. Enseguida se echa todo esto sobre el arroz, mientras se va constatando su sabor: Si le falta sal o un poco de sazónador.

Aparte de esto se desmenuza la gallina o pollo en trocitos y se fríe en una sartén abundantes rodajas de cebollas en aceite caliente. A ello se le agrega el aderezo lo cual se mezcla con una taza de maní molido no muy fino. En esta parte entran las pasas y las aceitunas negras. Todo lo cual se mezcla en una sola masa con el arroz.

En tanto se mezcla lo anterior, se pone a endurecer cuatro

huevos, luego de lo cual se les corta en rajitas bien delgaditas. El elemento que hace más parecido a un juane y un tamal es que los dos se envuelven en pancas que son de achira o de choclo. Las pancas pueden utilizarse hasta por dos veces, aunque algunas personas lo hacen alcanzar hasta por cuatro veces.

Para ponerlo en la panca se hace lo siguiente. Se extiende la hoja y se lo unta con un poco de aceite y se pone dos cucharadas llenas de arroz listo. Luego se hace un huequito y se le rellena con una cucharada de pollo preparado y una tajadita de huevo duro. Listo, se envuelve el juane en la panca. Después se coloca en una olla lo suficientemente grande, pequeñas piedras o corontas de choclo, de tal manera que la parte del centro quede libre. Por ese espacio será más fácil añadir agua si fuese necesario.

Para empezar la cocción, la olla debe tener ya dos tazas de agua y conforme vaya secando se podrá echar dos tazas más. Los juanes se ponen encima de las piedras o corontas y deben adoptar la misma posición, es decir, dejar un espacio al centro. Arreglado el asunto, se deja que hierva por una hora y media o dos a lo sumo.

En la mesa, el juane se sirve con ají y salsa de cebolla, además de su hoja de lechuga. Como ya hemos dicho, usualmente puede ir acompañado de su cuy, sabor que nos hará pensar en el cielo limpio, azul, de Celendín, con sus praderas verdes, repletas de frutos silvestres. Dicen, también, que el juane es bueno, buenísimo, para el recién casado, que espera, además de respirar el aire puro serano, gozar de otras debilidades o fortalezas del espíritu.



https://www.facebook.com/100069007756371/photos/1021348783508704/?_rd

MUNICIPALIDAD PROVINCIAL
Por un Cuzco mejor